

Feliz Nochebuena

Rojo, verde, oro y plata. Los colores desfilaban por la casa desde hacía varios días, llevados por una corriente de encantamiento, de disimulo, de sospechas y de presentida alegría. Era como si hubieran apresado vivo un arcoiris muy particular —¿no sería un camaleón?— que se fragmentaba, se entretejía, se dispersaba, pero dejaba su huella en todas partes. Entraba subrepticamente, sobre todo en las cintas anudadas alrededor de los paquetes y en los papeles que los envolvían, y que eran recibidos y ocultados rápidamente, vaya a saber dónde. Y se asomó varios días a través de rollos misteriosos, de moños, de cocardas, de flecos y galones que entreveíamos, apenas, cuando se abría y se cerraba en un relámpago la puerta de la sala, convertida en taller. Sólo se nos había dicho que Papá Noel llegaría en persona a la casa.

Ahora se había cerrado el comedor después del almuerzo y la cocina hervía de rumores, aromas y vapor. Laura y yo estábamos exiliadas de esos dos lugares, y todos estaban tan atareados que hasta parecían haberse olvidado de nuestra fastidiosa siesta. Por primera vez éramos prisioneras hacia afuera y no sabíamos qué hacer, como yo, algunas veces, con menos esperanzas, en otros lugares del tiempo más inhóspitos, más estrechos, más solitarios. En ese momento teníamos toda la siesta por delante, con árboles trepables a nuestra disposición, con fruta verde y madura, y tal vez hasta con la astuta serpiente reptando por las quintas o por el jardín, y no sabíamos qué hacer. ¿Acaso valía la pena entrar y escaparnos por la ventana sabiendo que nadie nos vigilaba? «Lía, ¿dónde estás?», resonaría la voz del padre, del Padre Eterno, no porque me lo preguntara verdaderamente, no porque no lo supiera, sino porque sería yo quien se habría perdido.

Nos conformábamos entonces con merodear por los alrededores, tratando de atisbar lo que ocurría en el comedor y olfateando el vaho de los

manjares que llegaba en alguna ráfaga desde la cocina. Ya habíamos agotado el repertorio de lo que se estaría haciendo en uno y otro lado, pasando por las suposiciones más absurdas, por las posibilidades más caprichosas, hasta desembocar sencillamente en «no es sopa» por acá, «no es una bandera» por allá. Ya habíamos visto desfilar desde la sala a mamá, a María de las Nieves y a tía Adelaida acarreado innumerables envoltorios inidentificables, a Daniel —mi joven, recientísimo cuñado—, con cables y caja de herramientas, a la abuela con un costurero y unas enormes tijeras, todos como conspiradores o contrabandistas, caminando casi en puntas de pie para no ser sorprendidos o para sorprender a alguien, cuando entró papá por la puerta del jardín con la valija del traficante supremo. Le dimos un beso y lo seguimos.

— ¿Qué traes en la valija, papá? ¿Qué traes? Déjanos entrar contigo — clamamos una y otra.

— Ustedes dos no pueden entrar, o no habrá fiesta. En la valija traigo la mitad —nos dijo en voz muy baja, poniendo el índice sobre los labios.

— ¿La mitad de la fiesta?. Abre la valija porque se va a arrugar.

— Muéstranos un pedacito, por favor. A la otra mitad también la tienen encerrada. Rogamos por turno.

— Ya la van a ver, cuando sea el momento. Ahora váyanse a su cuarto y duerman, como corresponde.

— No tenemos sueño —protesté yo.

— Y nadie nos dijo que nos acostáramos —agregó Laura.

— Entonces duerman de pie y sin sueño —concluyó burlonamente papá, y cerró muy rápido la puerta que había mantenido abierta apenas algo más que el tiempo de aleteo.

— ¿Qué viste? —me preguntó ansiosamente Laura.

— La fiesta —dije enigmáticamente. —Todo era rojo, verde, oro y plata —enumeré como si se tratara de un descubrimiento.

— Sí. Pero ¿qué hacían? —me apremió Laura con alguna impaciencia.

— ¿El rojo, el verde, el oro y la plata? Nada. Estaban esperando, como nosotras.

— No, boba. ¿Qué hacían ellos? Mamá y todos los demás.

— ¡Ah! Hacían luces. Todos estaban iluminados por dentro, como las lámparas, y se encendían y se apagaban.

— A mí me pareció lo mismo, pero no puede ser cierto. Vámonos de aquí. Veo, veo.

— ¿Qué ves?

¿Por qué antes me había preguntado a mí qué veía, como si ella no viera, si las dos habíamos visto lo mismo? «¿Qué viste?», «¿Qué ves?», como si yo estuviera en lo alto de un mangrullo mirando desde arriba

todos los tiempos y lugares, o como si mi vista corriera con el horizonte y mi mirada pudiera atravesar todas las envolturas, todas las sustancias, por espesas que fueran? ¡Ay, Laura, Laura!, a veces será así sólo para mi tristeza; otras, intentaré llegar hasta el fondo de alguien y sobre mí se cerrarán las aguas. Todavía estoy cayendo.

— Veo, veo —insiste, tal vez para contradecirme, tal vez para acompañarme en lo que supone que ya estoy viendo.

Seguimos jugando en nuestro cuarto al «Veo, veo». Después Pepa nos llevó el té. Recortamos ilustraciones de una desvencijada zoología y las intercalamos en el álbum de fotografías de la familia, imitamos los gritos del corral, ensayamos dormir de pie y terminamos caminando como sonámbulas, representamos la escena de Pedro y el gallo (yo era el gallo, naturalmente) y la de Alejandro el Rey y Diógenes el Can (yo era Diógenes, también naturalmente), y por último leímos algunos cuentos a los que les cambiamos el final, si no por otro más desdichado, por lo menos más imprevisible.

A las siete empezaron a interesarse por nosotras. Nos bañamos y en seguida mamá y tía Adelaida nos vistieron. A las ocho estábamos sentadas en la sala, esperando a los invitados, que no sabíamos quiénes serían, las dos vestidas de blanco desde los zapatos hasta el moño de la cabeza, pasando por las medias y los almidonados vestidos de *broderie*. Tía Adelaida dijo «Parecen dos muñecas», mientras nos acomodaba los pliegues de las amplias faldas, los brazos y las manos, como si fuéramos eso, dos muñecas articuladas dentro de dos cajas, impávidas frente al tiempo, dispuestas a no crecer, sometidas al opaco aliento del desgaste. Nos quedamos inmóviles en la vidriera dorada de la sala, haciendo esfuerzos para no parpadear. Cuando no aguantábamos más, nos inclinábamos con la espalda rígida hacia adelante, bajando los párpados muy lentamente y diciendo casi sin mover los labios «maaamá» y «paaapá», tal como Adelia y Melania, dos de mis inquietantes, aterradoras muñecas.

A las ocho y media entró en el escaparate toda la familia con los invitados y empezaron los milagros, porque eran Miguel, Luis María y Mariana, con sus padres, todos engalanados para asistir a la fiesta de los plumajes y los esplendores. Se rompió la inmovilidad y la sala se convirtió entonces en una de las vidrieras animadas de Lord and Taylor, contemplada entre lágrimas de añoranza bajo la nieve, en una lejanísima Navidad futura.

Hubo brindis, risas, bocaditos, conversaciones, silencios, suspiros: los mayores hacían tiempo como podían, sin saber que se quedaban en un cuadro que contaba con todo el tiempo de su vida.

Nosotros salimos en bandada hacia la galería para romper el marco y dejar puertas abiertas en todas direcciones.

A las nueve y media entramos en el comedor. Las puertas estaban abiertas de par en par y mostraban el lugar como enmarcándolo, justamente; no, el lugar no: el Lugar. Tal vez si yo no cubriera con mi cuerpo la abertura por donde podría mirar hacia Allá, hacia el otro lado, vería un escenario parecido. Pero mi cuerpo cubrirá esa abertura, esa posibilidad, mientras esté: es la condición. También es la defensa para que mis ojos resistan, para que todo en mí permanezca en su sitio hasta el final.

En mitad de la pared, en cada extremo de la habitación, un gran ángel dorado sostenía una torzada de apretado verdor en la que se alternaban flores, esferas, campanas, estrellas, pájaros, frutas, mariposas, hechos en cristal y en azogue de todos los colores (¿Crivelli? ¿Filippo Lippi?). Y debajo de la mesa, con un pollerón blanco recogido aquí y allá por unas hojas de muérdago, se asemeja a otro ángel que ha pisado la tierra: es el que ha venido para repartir la comunión, pero que ya está preparado para el vuelo. Querría que así hubieran volado las muchas mesas que preparé con tanto fervor para una fiesta, mesas a las que barrió después una violenta ráfaga de arena, sus manteles estrujados por una garra despiadada. Y encima de esa mesa, reteniéndola, los candelabros con las tiernas luces de las velas rojas, brillos como de lágrimas de amor, tan tiernas que lastiman, y en un rincón el árbol, esa bendita aparición que volverá una y mil veces, año tras año, en la felicidad y en la desdicha, con las palabras de Milosz:

 Mi primer árbol de Navidad, ese árbol muerto trocado en ángel
 que surge de la amarga y profunda selva,
 que surge todo encendido de las antiguas profundidades
 de la selva helada,
 y camina solo,
 —rey de los lodazales nevados—
 con sus fuegos fatuos
 arrepentidos y santificados,
 en la apacible campiña silenciosa y blanca.

Estaba allí para siempre, como todos. Y yo guardaba a cada uno en la mirada, como si supiera que guardaba para hoy su respuesta de entonces, porque ahora ya no puedo preguntarle a nadie «¿Te acuerdas?» Aunque tal vez para nadie cada cosa significó lo mismo. Tal vez yo no supiera nada de la más íntima vibración de cada uno, de este temblor, de esta desmesura sin fin donde se propagan los rumores, de estas insoportables irradiaciones de otros soles.

Las veo, manos de papá pelando las castañas calientes y partiendo las almendras y las avellanas, manos de mamá trinchanto el pavo y cortando el pan. Pondría entre ellas mi cabeza para sentir su protección durante

todas las tormentas que tuve por delante, durante todo el prado seco que aún me queda. Recuerdo: hombro fuerte de papá, regazo cálido de mamá, ojos vidriosos de la abuela. Cenizas, desgarraduras, hielo.

A las once estábamos todos en el jardín y el cielo era una fiesta, un nacimiento fosforescente. Allá se creaban mundos, satélites, estrellas y cometas. De las manos de papá, que era el gran mago, salían pequeñas oscuridades encendidas (Ven a verlas, Valerio, ven a verlas en mi recuerdo que es el tuyo, donde el mago es tu padre y todo sucede en otra parte, siempre ocho años antes), volaban hacia lo alto y se abrían en surtidores de chispas, en flores titilantes, en cascadas de pedrería. Había cabelleras, colas de pavo real, madejas y penachos, crestas de garzas, trenzas retorcidas como columnas salomónicas. Las luminarias corrían exhalando el aliento y luego se apagaban con un suspiro o con un jadeo silencioso sin alcanzar a los globos que huían, que se iban muy lejos, con una luz adentro: «Lleva mi mensaje. Llévalo. ¿A quién? Guárdalo para después, y que diga 'Te amo'. No te apagues nunca». (¿No lo pedías tú también, Valerio, cuando yo aún no estaba y tu padre creaba las luminarias de otro cielo para ti?).

Aplausos, gritos de asombro, exclamaciones de entusiasmo acompañaban cada fuga luminosa, cada chisporroteo. Parecíamos uno de esos grupos que en los viejos grabados presencian en el cielo la aparición de algún fenómeno increíble. Este también lo era. Lo celebraban hasta las ranas y los grillos.

En el haz de luz de mi linterna vi la cara de Miguel, absorto, mirando deslumbrado hacia lo alto y murmurando algo, como si rezara.

— Ahora va la última. Es una rueda catalina —anunció papá.

— No, una rueda catalina no; está hecha con cuchillos y navajas —protesté, sobresaltada, recordando la canción de Catalina, la niña mártir, condenada por su padre, que sube al cielo llevada por el ángel.

— Le mandó hacer una rueda de cuchillos y navajas, sí, sí, de cuchillos y navajas. La rueda ya estaba hecha, Catalina arrodillada, sí, sí, Catalina arrodillada —cantó Laura.

— Esta no es así —aseguró sonriente papá—. Esta está hecha de fuego para aprisionar al verdugo. Ahí va.

Y partió con un susurro, subió y giró en una fulgurante espiral vertiginosa, giró, lo envolvió, lo ató, lo encerró en una cueva cada vez más oscura y se apagó.

— Vamos —ordenó papá, terminando de acomodar su valija. —Va a ser hora de recibir a Papá Noel.

Laura y yo corrimos a disputarnos su mano libre. Ella llegó primero. Miguel tomó la carga de papá y yo pude darle una mano a cada uno.